

Aquel escudo parlante

De cómo Juan Ramón Masoliver, de la mano de su primo Luis Buñuel, conoció en París a Louis Aragon, integrado por aquel entonces en el mundo surrealista de André Breton, Salvador Dalí...

Aragón, de fieltro gris y guantes de buena piel, de pálido rostro mate y helado mirar azul, de un melodioso hablar sin descanso, siempre inteligente y seguro en sus intervenciones.

JUAN RAMÓN MASOLIVER

Tía María, digo doña María de los Remedios Masoliver de Ibarra, al enviudar del motrileño don Juan Moré dejó en otras manos su ingenio azucarero, y viniendo para Barcelona trajo consigo a la hija del matrimonio de su hermana menor con Paco Ravassa, otro caballero de Motril (¡cuánto apellido catalán, en esos andaluces orientales!). Conchita, la hija, a consecuencia de no sé qué enfriamiento, perdiera de muy niña el sentido del oído, y con él la palabra. Como quiera que en el barcelonés pasaje Méndez Vigo existía entonces el mejor colegio —escuela mixta— para corregir dicha carencia, a Barcelona se la trajo. Y la verdad es que mi prima acabó hablando no peor que mi luego amigo romano, el charlero infante don Jaime. Aunque también lo es que cuando traía a los suyos, chicas y chicos, al piso de la Rambla de Cataluña, inmediatamente debajo del nuestro, insensiblemente pasaban —contrariando la regla impuesta por sus preceptores— de hablar palabras a expresarse a señas, en el veloz alfabeto de los mudos, unos a otros interrumpiéndose con vertiginoso ametrallamiento de gestos. Hasta que tía María alzaba blandamente la mano y con su ligera zumba andaluza les espetaba un "¡Callarse, niños, que me dáis jaqueca!". Los íntimos de Conchita, que para más nutrida reunión los ex alumnos tenían su club a doscientos metros, en los bajos de una casa de la calle de Séneca. Con baile y todo, que a tal efecto —por si a alguno la trepidación de la música no le entraba, como decía mi prima, por los pies arriba— el socio de turno alzaba un cartel con la palabra *Pasodoble* o *Tango* y, ¡hala!, dale al baioteo hasta las tantas. Para más jaqueca, que diría mi andaluza. Más tarabilla, ea, si habida cuenta del medio en que se producía reconocéis a tal conjunto de gestos y ademanes valor de lenguaje: de "habla".

Doble y elocuente imagen que me asaltó de pronto en París cuando, por integrarme en la capilla surrealista de la cual en nuestra tierra había sido catecúmeno, se me puso a tiro mi entonces adorado Louis Aragon. Imagen doble, advierto, que sin perder plasticidad cobraba voz (no en vano comenzó entonces el cine sonoro), pues el Aragon soñado se me antojó ahora aun verdadero tarabilla. "Pon, mejor, un carandiello", cortó



El Aragon de "Lettres françaises" por Roger Wild

mi primo Luis Buñuel, que es quien me lo había presentado en el café de La Coupole, al tiempo que aclaraba: "Acuérdate de lo que dicen nuestros paisanos del Pirineo: Non calle un momento isto carandiello". Y el mote —festivo, no malévolo— le quedó, para regocijo de Dalí, que no le tenía en tanto como mi primo. Va por delante que si uno había traducido poemas de André Breton y conocía al dedillo sus dos manifiestos surrealistas, sentíase más atraído —como sus inseparables Díaz-Plaja, Clavería, Ramón Esquerro— por la prosa soberbia, la magia del Aragon de *le Paysan de Paris* y del *Traité du Style*, con sus demoleedores juicios de escritores, como por las tensas y absorbentes, centelleantes colaboraciones en *La Révolution surréaliste* o la recién inaugurada *Le Surréalisme au service de la Révolution*, por no decir de sus poemas. Pero convengo en que lo vivo, digo aquel Aragon de fieltro gris y guantes de buena piel, de pálido rostro mate y helado mirar azul, casi un majestuoso gallo heráldico, si parlanchín: lo que pudiéramos llamar vivo, no superaba a lo pintado, el Aragon imaginado al leerlo. Y no por lo extremadamente fino y lo impecable, pues frente al cuidado desaliño indumentario del Papa Breton, no menos majestuoso, si algo caracterizaba a sus huestes era que, en ellos, lo revolucionario no estaba reñido con cierto prurito de elegancia.

De chafable matrícula de honor fuera, en La Coupole, ponerme moños con el aire surrealista de nuestra revistilla *hélix* y, recién salido, su complementario *Butletí*. A poco, un "pneumatique" de Aragon me convocaba en su casa de la rue Campagne-Première, cerca del cementerio de Montparnasse. Y el "examen" no fue tan mal como cabía temer. Un simpático deseo de agradar, casi constante sonrisa en sus finos labios, memoria a toda prueba en el continuo citar de las que

suponía tus lecturas, melodioso su hablar sin descanso, sin descanso también en alcanzar un libro, plantarse de manos en los bolsillos, la catarata de impecable prosa, andando de un lado al otro de la pieza, casi metiéndose en el cuarto de al lado. Un "mirarle" hablar (y escucharse) que te volvía de pronto a la sala de tía María y sus jaquecas.

La impresión de aquella tarde y de las que siguieron, en las "tenidas" surrealistas del café Cyrano, por ejemplo: siempre atildado y de corbata distinta, siempre inteligente y seguro en sus intervenciones, iba afianzando en mí lo del "carandiello". Influido, pienso, por andar más con Dalí (Buñuel marchó a Hollywood, contratado por la Metro) y el terremoto Nancy Cunard, musa surrealista por quien Aragon había intentado el suicidio y que ahora —para escándalo de la "upper-class", y de lady Cunard en primera— convivía con el pianista negro Crowder. Porque ésta y Salvador le preferían los Éluard, Crevel o Ernst. Y Aragon, a su vez, se iba distanciando de la cofradía bretoniana. Y más a partir de su entreguismo en el Congreso de Escritores revolucionarios celebrado en la soviética Jarkov (y de su boda con —soviética también— Elsa Kagan, Triolet por su anterior matrimonio). Sus caminos iban siendo otros, mudables caminos que, aun a trueque de penalidades y renuncios, a la larga le resultaban propicios.

Así en la guerra, dos veces condecorado; o tras el armisticio, contribuyendo a organizar la resistencia de los intelectuales, mientras el trovador cantaba a la "douce France" en bien cortados versos, sin, por ello renegar de su militancia comunista. En la barcelonesa *Entregas de Poesía*, que en plena guerra lo intelectual ponía al margen de fronteras manteniendo contacto estrecho con los impulsores de análogas revistas de allende, gracias al poeta René Tavernier (en su casa de Lyon se habían refugiado Elsa y Aragon) tradujimos el valiente "Arma virumque cano" de nuestro viejo surrealista. Y a poco llegaba el incendiario *Le Musée Grévin*, de un François La Colère que no era otro que nuestro Carandiello: el Aragon que, ya en la posguerra, nunca dejó de regalarme —carandiellando hasta el final— su semanario *Les Lettres françaises*.

JUAN RAMÓN MASOLIVER
Escritor y crítico literario